

racion, no se calmó bajo el gobierno de Julio. La mayor parte de los sabios que habian ilustrado la restauracion continuaban sus trabajos como Cusner (muerto en 1832), que habia renovado la geología; Niepce (1833), inventor de la fotografía; el botánico De Candolle (1841), el quirúrgico Larrey (1842), los físicos Ampe-re (1837), inventor del telégrafo eléctrico, y Biot (1862), los químicos Brogniard (1847), Gay-Lussac (1850) y Thenard (1857); los naturalistas Ducrotay de Blainville (1850) y Godofredo Saint-Hilaire (1844); el mineralogista Beudant (1850); los matemáticos Cauchy (1857), Poisson (1840), Legendre (1833). A estos nombres, ya conocidos, se agregan cada dia otros nuevos. Arago (1786-1853), ya célebre, llegaba á ser director del Observatorio; M. le Verrier adquiria repentinamente una celebridad europea (en 1846) descubriendo á fuerza de cálculos el planeta Neptuno, al que un astrónomo de Berlin, M. Galle, no tuvo despues más que buscar en el cielo; otros astrónomos y matemáticos, Taye, Mauvais, Laugier, se hacian célebres por el descubrimiento de ciertos cometas ó planetas. Las ciencias físicas y naturales hacian maravillosos progresos, merced á los trabajos de M. Dumas, que publicaba su gran obra de la *Química aplicada á las artes* y hacia importantes experimentos sobre los álcalis, el éter y el ácido nítrico ó azótico; de M. Ralart, sucesor de Thenard en la facultad de Ciencias, digno de tal maestro, por sus investigaciones sobre el bromo y sus compuestos, y por el descubrimiento que hizo extrayendo directamente del agua del mar el sulfato de sosa, con el cual se prepara la sosa artificial y las sales de potasa; de M. Rabinet, sabio que se dedicó á perfeccionar los instrumentos de física y que dió á la máquina neumática un perfeccionamiento muy útil; de M. Elías de Beaumont, que ha hecho adelantar las ciencias geológicas y continuado la preparacion del mapa geológico de Francia, empezado en tiempo de la restauracion; de M. Flourens, cuyos estudios fisiológicos sobre el sistema nervioso han adelantado la ciencia de las relaciones entre los fenómenos de la inteligencia y el cuerpo humano; de M. Chevreul, cuyos estudios sobre las tinturas y colores han llegado á ser clásicos; de M. Thilorier, que encontró el medio de solidificar el gas ácido carbónico, etc.

Las ciencias aplicadas hacian progresar á la teoría. Inventada por Niepce, perfeccionada por Daguerre, inventor del diorama, la fotografía tomó rápido desenvolvimiento. Las primeras imágenes fotográficas fueron obtenidas de una manera satisfactoria en 1839. Arago anunció inmediatamente este resultado á la Academia de Ciencias, y el gobierno recompensó á los inventores con una pension vitalicia de seis mil francos para Daguerre y de cuatro mil para el hijo de Niepce; el *daguerreotipo* no fijaba las imágenes más que sobre el metal, y en un principio no podia reproducir más que la imagen de los objetos inanimados. No se tardó en reproducir la de los objetos animados; en 1847, M. Blanquard-Evrar encontró la fotografía sobre papel y el nuevo arte entró en los hábitos públicos. Al mismo tiempo se perfeccionaba el telégrafo eléctrico; en 1844 se le empleaba á lo largo del camino de hierro de París á Lyon; diez años despues se establecia por todas partes y destronaba completamente al telégrafo aéreo. Un inglés llamado Spencer habia observado que la corriente de la pila voltaica reduce el metal y le hace tomar los sellos de los objetos sobre los cuales se le precipita, y encontró la *galvanoplastia* en 1837; sus experimentos fueron inmediatamente repetidos en Rusia por M. Jacoby; en 1840, M. Ruolz aplicó los procedimientos galvanoplásticos al dorado y plateado de los metales, y su descubrimiento fué hecho público al año siguiente. La electricidad era esclava del hombre; se la dirigia por medio del pararrayos, se la hacia transmitir las noticias del telégrafo, reproducir las medallas, se la hacia dorar y platear por medio de la corriente voltaica y se la hizo tambien indicar la hora, construyendo los relojes movidos por la misma corriente, y producir una luz casi tan intensa como la del sol.

El progreso de las ciencias debia causar un gran adelanto en la industria, especialmente en una época consagrada al culto de la materia y durante largos años de paz.

La primera de las industrias, la agricultura, demasiado desatendida desde hacia mucho tiempo, empezó seriamente á preocupar á los espíritus capaces de comprender las mejoras de que tenia necesidad. Se estudiaron los nuevos métodos de cultivo y los abonos conocidos mucho

tiempo tiempo antes en Inglaterra y Alemania. El arado, el biello y otros instrumentos fueron perfeccionados.

Dos hombres contribuyeron especialmente á estos progresos: Mateo de Dombasles (1733 y 1843), director de la granja-modelo de Roville (Meurthe), y el conde de Gasparin (1783 y 1862), dos veces ministro bajo el gobierno de Julio, que publicó, además de otras muchas obras agronómicas, un *curso de agricultura* muy estimado.

Los progresos se dejaron pronto sentir en las diversas ramas de la industria propiamente dicha, es decir, de aquellas en que la mano del hombre, ayudada por los útiles ó por las máquinas, hace pasar las primeras materias por todos los grados sucesivos de transformacion que las apropian á nuestras necesidades. La produccion del azúcar de remolacha adquirió enormes proporciones; desde 1830 á 1847 la cifra de la fabricacion se elevó desde 6 millones de kilogramos hasta 54, mientras que la cifra de la importacion del azúcar colonial aumentaba en 20 millones; de esta manera el azúcar iba en entrar en el consumo habitual de las familias más pobres.

Las industrias relativas al vestido, que trabajan el algodón, el cáñamo, el hilo, la lana y la seda, no tomaron una menor extension, merced al perfeccionamiento de las máquinas y de los procedimientos, lo cual permitió suministrar tejidos más baratos y de mejor calidad. Las cachemiras de la India, los paños franceses sobrepusieron á sus rivales; la mezcla de la lana á la seda y al algodón dió nacimiento á una multitud de tejidos variados, elegantes y ligeros; la fabricacion de las sederías se extendió desde Lyon, en donde siempre ha conservado su superioridad, á Aviñon, á Nimes, á París y á muchos departamentos del Norte; el tejido perfeccionado del lino produjo un lienzo magnífico para el servicio de la mesa; las muselinas, los tules, los manteles adquirieron una superioridad notable, y el conjunto de los diversos tejidos dió lugar á un movimiento considerable de exportacion.

La habitacion del hombre se embellecia al mismo tiempo que sus vestiduras. La cerrajería francesa ocupaba el primer puesto en Europa; los papeles pintados permitian á las más

modestas fortunas tener aposentos agradables á la vista; la tapicería hacia grandes progresos; la fabricacion de muebles se mejoraba de dia en dia; el cristal, los cacharros, la porcelana indígena, la loza comun ponian al alcance de todos elegantes utensilios de casa; se mejoraban los procedimientos de alumbrado por medio del gas y de las bujías esteáricas, que se acababan de inventar; la galvanoplastia suministraba los medios de tener un servicio plateado económico; finalmente, la cuchillería, la sillería, los talleres de coches venian todos los dias á aumentar los recursos del lujo y tambien, como la cuchillería por ejemplo, los de la ciencia, porque á ella se deben los perfeccionamientos tan útiles introducidos en los instrumentos de cirugía.

Este inmenso movimiento industrial multiplicaba el uso de las máquinas; éstas hacian cada dia más necesario el desarrollo de la industria metalúrgica, que tantas primeras materias tiene que suministrar á la joyería, á la construccion de buques, á la cerrajería, á los caminos de hierro, etc.; de suerte que la explotacion de las minas tomó gran incremento, especialmente las de hulla y de hierro. Las necesidades de los altos hornos absorbian tanto combustible, que se podia temer el aniquilamiento próximo de los bosques; por fortuna la hulla vino en su auxilio, suministrando un calor mayor, alimentando las máquinas de vapor y prestándose á todos los usos domésticos.

Las exposiciones generales de la industria francesa, que se celebraban cada cinco años desde 1834, venian á su vez á excitar nuevos progresos, permitiendo á todos los industriales comparar sus productos con los de sus competidores. Las exposiciones demostraban el poder de la industria, excitaban la admiracion de los visitantes nacionales y extranjeros; pero los hombres de Estado empezaban á preocuparse de las miserias ocultas bajo tan brillantes apariencias; se apercibieron de que la poblacion industrial no suministraba al ejército más que una generacion raquítica, lentamente agobiada por el exceso de trabajo, por la falta de aire y por el vicio. Se trató de poner en parte remedio al mal por la ley de 22 de Marzo de 1841, que prohibia emplear en las manufacturas á los niños menores de ocho

años, que reducían el trabajo de estos niños á ocho horas diarias, y que imponía á los manufactureros la obligacion de enviarlos á las escuelas primarias cierto número de horas cada día hasta la edad de doce años, medida útil, pero que no era más que un débil paliativo, atendida la gravedad del mal.

Se ha calculado que el número de las máquinas de vapor á la sazón empleadas era de 2.450, en 1839, que representaban una fuerza de 33.301 caballos; en 1847 habia 4.852 con una fuerza de 61.630 caballos. El caballo de vapor es una unidad empleada en mecánica para calcular la fuerza de las máquinas de vapor, unidad que representa una fuerza capaz de elevar por segundo un peso de 75 kilogramos á la altura de un metro, lo cual es por término medio la fuerza de tres caballos de tiro ó de 21 hombres. El trabajo de las máquinas en 1847 igualaba, pues, al que se hubiera obtenido con 184.890 caballos ordinarios ó 1.294.230 obreros, fuerza enorme, que se ha aumentado todavía desde dicha época, y que indica los recursos materiales de que pueden disponer las naciones industriales.

El aumento de la producción hacene necesaria la creación de nuevas salidas; es preciso encontrar fuera el medio de colocar los productos que no pueden consumirse en el interior, puesto que pronto excede á las necesidades del consumo interior. Bajo este punto de vista, el gobierno de Julio se encontró impulsado en dos contrarias direcciones. Los grandes industriales, dueños del poder político, sostenían generalmente el sistema protector y prohibicionista, porque se aprovechaban de él, sustrayéndose así de las desventajas de la concurrencia con el extranjero; todos los economistas se declaraban en favor de la libertad de cambio, pretendiendo que éste sería el medio de hacer la vida más barata, favoreciendo la introducción de los objetos de primera necesidad, que la Francia no podía producir al mismo precio. El gobierno hizo algunos esfuerzos para rebajar los derechos de aduanas y modificar la escala móvil en sentido favorable á la libertad comercial; pero triunfaron los proteccionistas en las discusiones que con este motivo tuvieron lugar en las Cámaras.

Sea de esto lo que quiera, á pesar de las tra-

bas de la prohibición ó de la protección, y merced al desarrollo de la industria, á la mejora de las vías de comunicación, á la facilidad de cambio, producida por los caminos de hierro y buques de vapor, el comercio general hizo grandes progresos durante los diez y ocho años del reinado de Luis Felipe, y la cifra de las exportaciones é importaciones se aumentó de una manera muy considerable. En 1830 no se contaban más que 593 millones de exportación por 639 de importación; en 1847 se contaban 1.193 millones de importación por 1.147 de exportación. Al mismo tiempo se formaban numerosas sociedades mercantiles, industriales y financieras; pero, como hemos visto, hubo un frenesí de agiotaje, que muchas veces produjo crisis, agravadas además por las sequías que durante los años 1838, 1839, 1840, 1846 y 1847 afligieron al país.

El gobierno de Julio elevó pocos monumentos, contentándose con acabar los que el imperio y la restauración habían empezado. Así fueron acabadas la iglesia de la Magdalena, el arco de Triunfo, el palacio del muelle de Orsay. El palacio de Bellas Artes, la iglesia de Nuestra Señora de Loreto y la de San Vicente de Paul eran monumentos nuevos; la iglesia de Santa Clotilde fué entonces empezada, y la columna llamada de Julio elevada sobre la plaza de la Bastilla; el obelisco de Lousor fué conducido de Egipto y erigido en la plaza de la Concordia (25 de Octubre de 1836). Al mismo tiempo se manifestaba un movimiento arqueológico que permitía reparar con inteligencia los antiguos monumentos, como la Santa Capilla y Nuestra Señora de Paris, la catedral de Rouen y una multitud de edificios religiosos y civiles. Se cultivaba á la vez la arquitectura clásica (griega y romana) y la arquitectura nacional, á la que no se trataba ya de bárbara y de gótica. En todos los trabajos se distinguieron particularmente los arquitectos Lepere (1762-1844) y su yerno M. Hittorf, que acabaron á San Vicente de Paul; Havé (1783-1852), que terminó la Magdalena; Hipólito Lebas, que construía á Nuestra Señora de Loreto; Duban, que continuó el palacio de Bellas Artes, empezado por Debret, que restauró el castillo de Blois y que fué arquitecto del Louvre después de la revolución de Febrero; Visconti (1791-1854), natural de Italia y á quien

se deben las fuentes Molière y San Sulpicio en París, y la terminación del Louvre, el cual no pudo, sin embargo, ver enteramente concluido; Lassus y Viollet-Leduc, los inteligentes restauradores de la Santa Capilla, de San German de Auxerre, de Nuestra Señora y de una multitud de monumentos religiosos.

Una de las restauraciones más apreciadas fué la que se aplicó al palacio de Versalles, que Luis Felipe tuvo la feliz idea de transformar á su costa en un vasto museo nacional, consagrado á todas las glorias de la Francia. El museo de Versalles fué inaugurado en 1839, durante las fiestas del casamiento del duque de Orleans.

La escultura conservaba los artistas que habían brillado en tiempo de la restauración, los Bosio, los Toyatier, los David (de Angers), los Carlot, etc., y veía llegar á la celebridad nuevos nombres, entre los cuales citaremos especialmente á Pradier (1786-1852), demasiado fiel discípulo del sensualismo pagano; Clesinger, émulo del anterior; Etxe, á la vez escultor, grabador y arquitecto; Cavelier, Rude (1748-1855), autor de la estatua de bronce del mariscal Ney, colocada en el lugar de su ejecución; Maindron, autor de la Velleda del jardín de Luxemburgo, etc. La pintura, que conservaba los Ari-Scheffer (1795-1858), los Eugenio Delacroix (1768-1863), los Ingres (1781-1866), los Horacio Vernet (1789-1853), los Paul Delaroche (muerto en 1856), y que había perdido á Leopoldo Robert en 1853, veía también á una multitud de nombres nuevos llegar á la reputación, como los de los pintores de historia Flandrin, Lehman, Alfred y Tony-Johannot, Couture, Gerome, etc.; de los pintores del género Biard, Meissonnier, etc.; de retratos Winterhalter, la señora de Mirbel, etc.; de Decamps y de la señorita Rosa Bonheur, pintores de animales; de los pintores de marina Isabey, Gudin, Morel-Fatio, etc. Durante el período del gobierno de Julio, Hipólito Flandrin (1809-1864), discípulo de M. Ingres, empezó las bellas pinturas de San German de los Prados, recientemente terminadas, y Eugenio Delacroix ejecutó las de la Cámara de los diputados y de la cúpula del palacio de Luxemburgo. En un género ménos elevado, la caricatura produjo obras notables bajo el lápiz de Charlet (1792-1845), de Gavarni, de Danmier y de Chauv.

La música, renovada durante la primera revolución y elevada á un alto grado de perfección por los Spontini, los Mehul, los Gretry, los Haydn, los Beethoven, los Lesuer, los Boieldieu, los Herol, los Auber y los Cherubini, continuó sus progresos durante los diez y ocho años del reinado de Luis Felipe: los franceses Feliciano David, Niedermeyer, Berlioz, enriquecieron la escena francesa con sus composiciones, que, sin embargo, no podían eclipsar las obras modelos de los ilustres extranjeros atraídos por la hospitalidad de Francia: Rossini, autor de *Guillermo Tell* y de un *Stabat Mater*; Donizetti, autor de *Ana Bolena*, de *Lucia de Lammermoor* y de *La Favorita*; Meyerbeer, autor de *Roberto el diablo* y de *El Profeta*. El gusto á la música se propagaba por las clases populares; en todas partes se formaban sociedades musicales, que pronto debían organizar concursos destinados á difundir todavía más la afición hacia esta arte, tan cultivada en Alemania y en Italia.

El movimiento de los espíritus en el extranjero corría parejas con el de Francia; las naciones, cada vez más ligadas por las relaciones del comercio, de la industria, de la política y de los viajes, marchaban casi al mismo paso, especialmente en las ciencias. Así la historia contaba en Italia con el nombre de César Cantú, autor de una gran *Historia universal*; en Inglaterra los de Jhon Lingard, autor de una sabia é imparcial historia de Inglaterra, que ha destruido muchas preocupaciones contra el catolicismo; de Roscoe (1752-1832), biógrafo muy estimado de Lorenzo de Médicis y de Leon X, y de Macaulay (1800-1859), cuyos *Ensayos de crítica y de historia* le habían dado cierta reputación antes de la publicación de su *Historia de Inglaterra desde la venida de Jacobo II* (empezada en 1848); en Alemania se leía á Federico Schlegel (1772-1829), autor de una *Filosofía de la historia*, concebida en un espíritu católico; Heeven (1760-1842), cuyas principales publicaciones históricas, *El sistema político de los Estados de Europa y de sus colonias* y *El Manual de historia antigua* eran con mucho anteriores á 1830; Eichhorn (1781-1854), que ha dejado una *Historia del derecho público y de las legislaciones de Alemania*; el baron de Hammer-Purgstall (1774-1856), autor de una

gran *Historia del imperio otomano* y de un gran número de trabajos sobre la historia y la literatura de los pueblos musulmanes; Schlosser (1776-1861), autor de una *Historia universal para uso del pueblo alemán*, y de una *Historia de los emperadores iconoclastas de Oriente*; Gfroerer (1803-1861), autor de una *Historia de los orígenes del cristianismo*, de *Gustavo Adolfo*, de *Los Carlovíngios orientales y occidentales*, y que murió sin haber podido dar la última mano á una *Historia del papa San Gregorio VII*; Döllinger, teólogo católico, al que se debe una sábia obra sobre *Los Orígenes del cristianismo*; en Dinamarca, Niebuhr (1775-1831), que murió antes de haber acabado su *Historia romana*, en la cual cambiaba casi completamente los actos de los antiguos historiadores; en Suiza, Hurter, presidente del consistorio protestante de Schaffhouse, que se convirtió despues de haber escrito una sábia *Historia del papa Inocencio III y de sus contemporáneos*; en España, el eminente Balmes (1810-1048), que rectificó los errores de M. Guizot en la obra en que considera al protestantismo y al catolicismo en sus relaciones con la civilización moderna.

La elocuencia contaba también ilustres representantes: en Inglaterra lord Palmerston, lord Derby, conocido entonces con el nombre de lord Stanley; M. Disraeli, sir Roberto Peel, el cardenal Wiseman, y especialmente el irlandés O'Connell, que había obtenido la emancipación de los católicos y que quería obtener la libertad de la Irlanda; en España, Martínez de la Rosa (1789-1865), Donoso Cortés (1809-1853), que no debía brillar más que un momento; en Italia el P. Ventura (1792-1864), general de la orden de los Teatinos, que más tarde fué á morir á Francia, despues de haber agitado á la Italia con su palabra, etc.

En la poesía y en la literatura propiamente dicha, figuran también los nombres que acabamos de citar, además de otros nuevos que se dan á conocer. En Inglaterra, en donde ya no se escuchaba la voz de lord Byron, en donde Tomás Moore abandonaba la poesía por los trabajos históricos y religiosos, como los *Viajes de un gentil-hombre irlandés en busca de una religión* (1833) y una *Historia de Irlanda*, la prosa predominaba sobre el verso y se cultivaban de una manera especial la historia y la novela. En

este último género, que á tan grande altura elevó Walter Scott, brillaban especialmente Carlos Dickens, Bulwer y Thackeray (1811-1863).

La Alemania no podía sustituir á Goethe, pero tenía notables literatos y poetas, entre otros el crítico Luis Borne (1784-1837), uno de los jefes del liberalismo alemán; Enrique Heine (1799-1856), poeta humorístico y materialista; Uhland (1787-1862), cuyas baladas y romances son populares en Alemania; los romanceros y autores de cuentos Bertoldo Auerbach y Gustavo Freytag; los líricos Fernando Freiligrath, Mauricio Hartmann, etc.; los dramaturgos Enrique Laube, Federico Hebbel y Carlos Gutzkow, que disfruta todavía de mayor reputación como romancero, etc.

La Bélgica poseía un romancero, Enrique Conscience, cuya reputación ha llegado á ser europea; la Dinamarca encontraba un poeta dramaturgo en Oehlenschläger (1778-1850), que tomaba los argumentos de sus obras de las tradiciones y de la historia nacional. La Suecia contaba algunos nombres conocidos en el extranjero, especialmente el de la señora Fredrika Bremer, cuyas novelas, sencillos cuadros de la vida de familia, han sido traducidas en todas las lenguas.

La Rusia producía un gran número de traductores y de escritores originales como Kryloff (1768-1854), el La Fontaine ruso, y Nicolás Gogol (1808-1852), autor de cuentos, y Sermonetof (1811-1841), que ha contado con gran vigor poético las bellezas de la naturaleza salvaje y grandiosa del Cáucaso. La Polonia, aplastada bajo la opresión rusa, se refugiaba en la religión y en el cultivo de las letras; pero la mayor parte de sus poetas y literatos se vieron precisados á huir de su patria como Niemcewicz (1757-1841), poeta dramaturgo, historiador y romancero, y Mickiewicz (1799-1865), que despues de haber cantado las glorias y las desgracias de su patria, vino al colegio de Francia á dar un curso de literatura eslava.

En Italia se reanimaba el estudio [de las letras, y, como en Francia, había dos escuelas contrarias, la de los puristas ó clásicos y la de los románticos; los primeros se adherían á la lengua italiana y á los modelos de los siglos XIV y XV, mientras que los segundos no retrocedían

ante el neologismo é imitaban á los literatos de Inglaterra y de Alemania. Los nombres más célebres eran los de Silvio Pellico (1718-1854), autor de algunas tragedias y de un libro inmortal, *Mis prisiones*, que ha sido traducido á todas las lenguas, y de Manzoni, autor de dos tragedias notables, *Carmañola* y *Adelphis*, de algunos himnos sagrados y de la novela *Los Novios*, leída en todos los países.

La España no permanecía tampoco inmóvil; el duque de Rivas, Saavedra, componía dos epopeyas y muchas tragedias; Zorrilla preludiaba con diversos cánticos su gran poema de *Granada*, cuya aparición excitó una sensación muy viva; Martínez de la Rosa se distinguía como poeta y dramaturgo tanto como hombre político y orador; Gil Zárate, escritor de algunas tragedias, que fueron muy aplaudidas.

También Portugal suministraba algunos nombres á la literatura, entre otros los de Agostinho de Macedo, poeta épico; de Almeida Garrett, de Mouzinho de Albuquerque, de la condesa de Vimieiro, de Gomez y de Pimenta de Agusa.

Al otro lado del Atlántico, los Estados Unidos, la América española y portuguesa, participaban del movimiento europeo; los Estados Unidos, en particular, tenían algunos literatos cuyas obras llegaban hasta Europa; Bryant publicaba unas poesías cuyo estilo era tan puro como el pensamiento; Longfellow imitaba la literatura europea y se hacía popular en Inglaterra; Allan Poe (1811-1849), poeta y romancero, era conocido en el extranjero más por sus novelas que por sus poesías; Fenimore Cooper (1789-1851) veía sus novelas traducidas en todas las lenguas; Washington Irving (1738-1859) brillaba como historiador y como romanceero, etc.

Las artes seguían el mismo paso que la literatura.

En Inglaterra, inteligentes arquitectos reparaban los antiguos edificios góticos ó elevaban otros nuevos, mientras que otros construían en Londres el puente de Waterlloo, uno de los más hermosos del mundo, y que un ingeniero francés, Brunel (muerto en 1849), hacía pasar un túnel bajo el Támesis. La pintura y la escultura eran cultivadas por un gran número de artistas, igualmente que la música, si bien

no producía obras iguales á las del continente.

Más feliz era la Alemania, y bajo el impulso del rey Luis de Baviera, salía de Munich un notable movimiento artístico; Munich se enriqueció con un gran número de monumentos nuevos, se restauraron las antiguas catedrales de toda la Alemania, y en 1844 se emprendió la conclusión de la magnífica basílica de Colonia. Los hermanos Boisseree, Melchor (1786-1851) y Sulpicio (nacido en 1783), contribuyeron mucho á este movimiento publicando, en dos grandes obras, los monumentos de la arquitectura de la edad media, y formando una colección con los cuadros de los antiguos maestros alemanes. La pintura religiosa encontró un jefe de escuela en Overbeck, en cuyo alrededor se agruparon Cornelius, Schadow, Schnorr, etc. Tres escuelas se distinguían principalmente: la de Berlin, ménos brillante que las demás; la de Munich, cuyo jefe es Cornelius, y la de Düsseldorf, en un principio dirigida por Cornelius y por Schadow, y que se inspiró en la manera de Overbeck. También se formaron en Alemania dos grandes escuelas de escultura, una en Berlin, otra en Munich; en esta última ciudad se encuentran las principales obras del gran escultor Schewanthaler (1812-1848). En cuanto á la música, sabido es que Alemania disputa la palma á Italia. Haydn (1732-1809), Mozart (1756-1791), Beethoven (1770-1827), Weber (1786-1825) y Meyerbeer, son nombres que no temen ninguna comparación.

A todos estos nombres contestaba la Italia con el de Rossini, al cual pueden agregarse los de Donizetti, de Mercadante, de Bellini (1805-1835) y de Verdi. La arquitectura no tiene nada notable que citar; la escultura, ilustrada por Cánova, recibió un nuevo impulso del dinamarqués Thorwaldsen (1799-1844), que vino á pasar unos años á Roma, y que formó algunos discípulos, de los cuales el más conocido es Tenerani. La pintura no suministra ningún gran nombre que citar, aunque se estima al pintor de historia Hayez, de Milan, y algunos otros.

Pero especialmente en el estudio de las ciencias era donde las diferentes naciones de Europa seguían el mismo paso. Las ciencias matemáticas y físicas son independientes de los tiempos y lugares, de los gustos y del carácter de los pueblos; así es que al lado de los nom-

bres franceses, se veían brillar los dinamarqueses Oersted, del genovés De Candolle, del veneciano Balbi, del sueco Berzelius, de los ingleses Dalton y Stephenson, del prusiano Humboldt, etc., que ya eran célebres en la época de la restauración. Durante el período del gobierno de Julio, la astronomía se enriqueció con muchos cometas; el de Galle en 1840, el de Taje en 1842 y volvió a ver el de Halley (en 1835), cuyo período es de unos setenta y cinco años. Los más célebres astrónomos del extranjero eran Bessel de Berlín (1784-1846), que se ocupó de calcular la distancia de las estrellas; Encke, también de Berlín, que calculó la vuelta de un cometa de corto período; Jhon Herschell y Ayri, de Londres; Pompilio de Coppis y el P. Secchi, de Roma; Plana, de Turin; Plateau, de Bruselas, etc. Ya hemos visto que la galvanoplastia había sido descubierta casi al mismo tiempo por el inglés Spencer y por el ruso Jacobi; un físico de Ginebra, Mr. de la Rive, hizo conocer un procedimiento de dorar en frío por medio de pequeñas corrientes eléctricas y se ocupó de la aplicación de la luz eléctrica a los usos de la vida.

La geografía hacía grandes progresos, merced a los numerosos viajes, que el vapor ha hecho más fáciles, y especialmente al valor y al espíritu emprendedor de algunos intrépidos exploradores. Si la Francia puede citar los viajes de Bory de San Vicente (1780-1846) a las islas de África y a la Morea; de Gaimard (1750-1848) a la Oceanía, a Irlanda y a Groenlandia; de Dumont D'Urville (1790-1842) alrededor del mundo; de Jacquemont (1801-1832), a la India y a los países circunvecinos; de Eugenio Boré a Oriente, etc.; la Prusia reivindica los de Alejandro Humboldt a América y a Asia; de Ehrenberg, a Egipto, a la Abisinia, a la Arabia y al Asia central, y de Barth a África; la Italia los del conde Anatolio Demidoff a la Rusia meridional y a la Crimea; la Inglaterra los de Livingstone, a África; de Rawlinson, a Persia y a Turquía, etc.

Tal es el conjunto que presentan los diez y ocho años transcurridos desde 1830 a 1848 en cuanto al movimiento de las letras, de las ciencias, de la industria y del comercio. Si se echa una rápida ojeada sobre los sucesos acaecidos en Francia y sobre los resultados del reinado

de Luis Felipe, se encuentran a la vez motivos de alabanza y de vituperio. El origen revolucionario del nuevo gobierno pesaba sobre él; tenía continuamente que luchar contra las consecuencias de su principio; en esta lucha podía alcanzar victorias momentáneas y establecer cierto equilibrio; pero no esperar una victoria definitiva y un serio regreso a la estabilidad política. El sistema electoral, que daba la influencia a la clase acomodada del pueblo, poco capaz de comprender las grandes tradiciones del gobierno; los frecuentes cambios de ministerio; la propaganda de las ideas socialistas entre las clases obreras; la indiferencia religiosa que cada vez se extendía más entre las masas populares; la corrupción de las costumbres, el desenfrenado amor a los goces y a la fortuna, todo contribuía a precipitar hacia una catástrofe que sorprendió a todo el mundo, porque todos se habían acostumbrado a vivir al día, sin cuidarse demasiado del que había de venir. Las leyes sobre la instrucción primaria y sobre los trabajos públicos; las leyes sobre los caminos vecinales y de hierro; los progresos de las ciencias y de la industria; la extensión del comercio; la conquista de la Argelia; el establecimiento de faros para alumbrar todo el litoral del reino, son hechos importantes que muestran que el gobierno no estaba en la inacción.

La libertad política hizo bastantes grandes progresos, a pesar de las leyes de Setiembre sobre la prensa; todo el mundo podía ocuparse de los asuntos del Gobierno, criticar sus actos, aspirar a todos los empleos, y el padre de familia quedaba sin autoridad sobre sus hijos, no podía elegir para ellos la enseñanza que más les conviniera, y la administración, cada vez más centralizada, regulaba, por decirlo así, los menores movimientos de los ciudadanos. La libertad política era grande, la libertad civil casi nula. La libertad religiosa, aunque embrollada por la administración, aumentó de una manera sensible, si bien se podía reprochar al gobierno por conservar leyes contrarias a la Carta y restrictivas de la libertad de los católicos y de no hacer respetar otras, la que concierne al descanso del Domingo, la única salvaguardia sólida de la libertad, de la salud y de la moralidad del obrero. Todos los

cultos eran igualmente protegidos, lo cual era una especie de injuria hecha al único culto verdadero que tiene derecho a esta protección, mientras que los demás no tienen títulos más que a la tolerancia y a la justicia. La retribución del clero católico, garantida por el concordato como una indemnización de la espoliación de la Iglesia a fines del siglo XVIII, no parecía ser otra cosa que un salario, porque el Estado retribuía igualmente a los ministros del culto protestante, que ningún derecho tenían a éste favor. Las cantidades presupuestadas para el culto católico se elevaron desde 33 a cerca de 40 millones de francos, mientras que el culto protestante recibía unos 4.200.000 francos.

Los progresos de la instrucción no mejoraban las costumbres, porque la educación religiosa no venía a contrarrestar las pasiones, los deseos que la instrucción desarrolla. Las estadísticas criminales suministraban bajo este punto de vista datos sorprendentes: antes de la revolución de Julio, los crímenes contra las personas no se elevaban más que a 1.824, mientras que en 1846 llegaron a la cifra de 2.438. Los crímenes contra la propiedad habían disminuido; la cifra había bajado desde más de cinco mil a ménos de cuatro mil: resultado, no de una mejora moral, sino de una policía mejor y de una mayor severidad de los tribunales acerca de estos delitos, mientras que los jurados se mostraban indulgentes para con el infanticidio y con los atentados contra las costumbres. En vista de estos resultados, era de sentir que la penalidad se hubiera mitigado demasiado. No se aplicaba la pena de muerte en asuntos políticos aunque no estaba legalmente abolida; en 1832 una ley suprimió esta pena para los crímenes cometidos contra la propiedad; los monederos falsos disfrutaron del mismo beneficio. La facultad dada a los jurados de conceder a los culpables el beneficio de las *circunstancias atenuantes*, hizo muy rara la pena de muerte aun en los casos de asesinato; el derecho de indulto, reservado al soberano, acababa de disminuir el número de las ejecuciones capitales. Finalmente, se borraron del Código penal varios géneros de castigos; la argolla, la marca, la mutilación de la mano de los parricidas, y se disminuyó el número de casos en

que los culpables debían ser condenados a la pública vergüenza.

No se abolió la esclavitud en las colonias; pero una ley, promulgada en 1836, modificó la legislación criminal de las colonias en un sentido favorable a la manumisión progresiva de los esclavos. Una ley del 21 de Mayo del mismo año abolió la lotería, juego público autorizado por muchos gobiernos, que de esta suerte establecen una especie de impuesto sobre la pasión de los jugadores, puesto que los premios están calculados de manera que den una gran ventaja al Estado-Banquero. Al marqués Gastaño de Larocheoucauld-Liancourt toca el honor de haber propuesto esta ley.

Dos palabras compendian los resultados generales del reinado de Luis Felipe: en el interior, progreso material, decadencia moral; en el exterior, política de condescendencia con las potencias extranjeras para conservar la paz.

CAPITULO XXIII

La segunda república (1848-1852).

La Europa en 1848 se volvía a encontrar casi en el mismo estado que en 1830; pocas cuestiones habían sido resueltas; se había obtenido una tregua; pero sin establecer nada de definitivo, y los gobiernos, preocupados de satisfacer los intereses materiales, no habían siquiera pensado en los intereses morales. Bajo el punto de vista material había progreso; bajo el punto de vista religioso había tolerancia, bajo el punto de vista político había antagonismo entre dos grandes corrientes de ideas: unas que tendían al despotismo absoluto, otras a la absoluta libertad que no es otra cosa que la licencia. Bajo las denominaciones de conservadores y de liberales, se formaban partidos diferentes; los conservadores se dividían en partidarios de la legitimidad y partidarios de los gobiernos constituidos; los liberales eran, o constitucionales monárquicos, o republicanos, y entre estos últimos había republicanos moderados, socialistas y comunistas.

Tal era la situación general. Ahora es preciso echar una rápida ojeada sobre lo que desde algunos años había sucedido en los diferentes Estados.

En Inglaterra reinaba desde 1837 la reina